



ANTONIO DE PADUA (13 DE JUNIO)
santo popular y
admirable predicador del Evangelio
Informa la Orden Franciscana

Nació en Lisboa en 1191, y en su bautismo recibió el nombre de Fernando. Educado en la escuela de la catedral, entró en el Monasterio de san Vicente, de los Canónigos Regulares de san Agustín, pasando después a Coímbra, donde completó su formación humanística y teológica. Presente en el traslado a Coímbra de las reliquias de los primeros mártires franciscanos de Marruecos, decidió hacerse franciscano, ansioso de propagar la fe entre los pueblos de África, sin que lograra su intento.

Participó en Asís en el Capítulo de Pentecostés de 1221, donde se encontró con san Francisco. Tras un breve tiempo de vida ascética y penitente en el eremitorio de Montepaolo, se consagró de lleno a la vida apostólica, desplegando su actividad evangelizadora en el mediodía de Francia y en Italia.

En la Pascua de 1228 predicó en presencia del papa Gregorio IX que, impresionado por su palabra vigorosa y por su dominio de la Biblia, lo llamó «Arca del Testamento» y «Arca de las Escrituras». Fue el primer profesor de teología de la Orden. Escribió sermones llenos de ciencia, elegancia y unción.

Murió en Padua (Italia) en 1231, en medio de la devoción y aclamación populares. A los once meses de su muerte, en mayo de 1232, fue canonizado por Gregorio IX. Fue declarado doctor de la Iglesia, «Doctor Evangélico», por Pío XII. San Antonio de Padua es el santo más popular del santoral cristiano, siendo invocado por todos, pero sobre todo por los pobres, que ven en él a su valedor y protector.

HIMNO

A ti te eligió Jesús, como su apóstol y herald, y la llama de su Espíritu dejó tu pecho inflamado.

Puro como una azucena florecida eternamente. Arca de las Escrituras y hermano menor por siempre.

Los vientos cambian la nave y te encuentras con Francisco, y los Menores se adornan con dos testigos de Cristo.

Todo el vuelo de tu mente, toda tu sabiduría, se hace cercana al que sufre, tus manos y voz le alivian. El tesoro de tu alma

es un milagro patente. Eres testigo de Cristo, quien te mira, se convierte. Al Padre, Dios poderoso, a su Hijo redentor, al Espíritu divino, toda la gloria y honor. Amén

ORACIÓN

Dios todopoderoso y eterno, tú que has dado a tu pueblo en la persona de san Antonio de Padua un predicador insigne y un intercesor poderoso, concédenos seguir fielmente los principios de la vida cristiana, para que merezcamos tenerte como protector en todas las adversidades. Amén

SU GRAN MILAGRO, SU PREDICACIÓN (Mons. A. Iniesta)

«De lo que rebosa el corazón, habla la boca», dice el Señor (Mt 12,34). Es lo que parece sentían sus oyentes cuando predicaba San Antonio de Padua, que hablaba no como de memoria, sino como algo vivo, porque él mismo lo había vivido antes, dejando que la Palabra de Dios le penetrara hasta el fondo del alma, en la meditación y la oración, convirtiéndose él mismo en palabra de Dios. Rolando, uno de sus contemporáneos, escribió de él que era un varón «poderoso en obras y en palabras». Durante todo el siglo XIII, unánimemente se insistió más en su importancia como predicador que en sus milagros, la mayor parte de los cuales tienen su origen en leyendas de siglos posteriores. Su gran milagro fue su predicación.

Su misma vida contemplativa le empujaba a la evangelización y a la predicación, cuando tuvo oportunidad. Porque si hemos dicho que cómo hablar de Dios sin hablar con Dios, también se podría decir a la inversa: ¿Cómo hablar con Dios sin hablar de Dios? Y añadir después, con San Pablo: «¡Ay de mí, si no evangelizara!». Como dijo el Señor: «No se puede encender una luz, y ponerla debajo del celemín» (Mt 5,15). Seríamos traidores, como el siervo de la parábola que recibió un talento y lo escondió cobardemente bajo tierra (Mt 25,24-30).

La palabra profética en la Iglesia tiene dos cauces principales: la predicación y el sacramento. La Palabra de Dios no sólo es la verdad, sino la vida; no sólo enseña, sino que obra. En el Antiguo Testamento se atribuye la creación a su Palabra. ¡Dicho y hecho! «Su boca es medida», como dice una frase popular. Y eso también proporcionalmente sucede en los profetas, cuyas palabras forman y reforman un pueblo santo. Y, sobre todo, se manifiesta en Jesús de Nazaret, que no tuvo más armas para cumplir su misión que la palabra. «Quiero. Queda limpio». «Levántate y anda». «Lázaro, sal afuera». «Cálmate», dice a la tempestad. Y por el don del Espíritu Santo permanece en la Iglesia esa unión, esa compenetración entre palabra y obra, en especial en la liturgia, en la que la palabra anuncia lo que cumple el sacramento. La Eucaristía, por ejemplo, es un banquete en el que las lecturas son el menú de lo que va a servirse de comer en el sacramento.